

# El Sacerdote como suplente\*

## reflexiones para una teología del sacerdote

La experiencia vivida y pensada impone la reflexión. Los problemas no pueden evadirse y los hechos están ahí para exigirnos una crítica y una solución en cuanto sea posible. Si la teología busca un fundamento, algo real, éste no puede darlo más que la vida. No interesa de momento cuál es el papel asignado por la revelación a los sacerdotes, que deben ser signo sensible del amor de Dios hacia los hombres, pero en ese caso todo hombre es sacerdote y nadie puede declinar su propia responsabilidad sobre alguien que lleve ante Dios sus peticiones y subvenga a sus pequeñeces y a sus deficiencias. No vale ya gritar o pregonar que el sacerdote está perdiendo hoy su identidad, que hay crisis de identidad sacerdotal. No hay ideales, se ha perdido el genuino concepto de lo sacerdotal. No. No es eso. Se trata sencillamente de que viven con mayor intensidad, profundizan en vivencia y reflexión su función, ésa que se les ha asignado, y no pueden conformarse con ella, porque notan que hay un algo que no les permite ser personas, nos les da la amplitud y la libertad para poder desarrollarse en su personalidad pluridimensional. Se quiere hallar una solución en la aceptación de esa propia función, que sería ya una mutilación para él. Pero nadie pretende ser mutilado y todos aspiran a salir de su enfermedad, si la mutilación lo es, y buscan los medios y las personas y por ende también la ciencia que pueda regular en cierto modo el desperfecto de la existencia.

---

\* La encuesta sobre la situación del clero para la Asamblea Conjunta de Obispos y sacerdotes invita a unas reflexiones vitales. Es necesario salir a la plaza sin miedo y con el pie firme, aportando cada cual su versión, con el fin de enriquecermos todos. Se exige sinceridad y honradez en la reflexión, y no solamente crítica a quien diga en alta voz lo que la mayor parte piensa en silencio. Conocemos la documentación, pero prescindimos de citas y de notas. No interesan cuando se pretende entrar en el tema sin prejuicios, porque además somos conscientes de que los textos son interpretados por personas. La revista está siempre abierta a un intercambio sobre estos temas en busca de una solución siempre provisoria, ya que el mayor error consistiría en "eternizar" lo temporal y transitorio.

La queja es muy general y no podemos evadirnos de ella, o cerrar los oídos a esa realidad. Las encuestas que se han realizado ofrecen materia suficiente de reflexión. Y esa queja se concreta en una falta de personalidad humana en el sacerdote, en su ser doble y en su desdoblamiento. Parece como si en lo espiritual tuviera una vida y en lo humano buscara otra que no acierta a definirse, pero que la siente desde su más profundo ser. Lo aprecian los demás y esto le hace daño a él mismo. La crisis no hay que buscarla en apariencias, en manifestaciones que solamente son síntomas de algo más vital y angustioso. Se despueblan los seminarios y los sacerdotes abandonan con facilidad su misión. Hay algo que no va.

Estas reflexiones nacieron en situación, con un tiempo y un espacio determinados. Son producto de muchas vidas que ansían algo más y que no lo hallan al presente. Son meditaciones en común, en alta voz, no para acusar, sino para tomar conciencia de una verdad que está ahí y que nos exige un confronte. Las reflexiones se elevaron a categoría y explicaban un fenómeno. Y la explicación parecía ir por buenos caminos. Tal vez la solución no se vea todavía. Pero el estudio profundo del sacerdocio en sus dimensiones totalitarias urge, si queremos dar solución a una conciencia que se apodera cada día más de los sacerdotes, colgados entre cielo y tierra, sin poder definirse con claridad. Ya no se trata sólo del sacerdote obrero, o del sacerdote político, o del sacerdote secularizado, o del espiritualista. Buscamos el fondo, la raíz oculta de esas manifestaciones. Se pretendía buscar en un acercamiento y en la obligación sociológica y apostólica de entrar en todos los campos de la actividad humana y santificarla desde dentro, en un contacto humano y confiado, con mayor ternura y corazón. Solamente desde dentro, desde el ambiente de trabajo o de diversión o familiar de los hombres, es desde donde se podrían comprender los problemas y buscarles solución. Era el sacerdote integrado y el segregado.

Eran paliativos. El malestar continuaba y el descontento también. De aquí que también quienes se han complicado en todo esto hayan vuelto al mundo, como se decía, terminando por ofuscárseles el sentido de su sacerdocio. A pesar de la preparación espiritual —y quizá por ella— y de la formación intelectual, algo no llenaba la vida sacerdotal. Existían muchos miedos a decir una verdad vitalizada por una experiencia, si bien se hablaba del «sensus fidelium», y en este caso habría que recurrir también no tanto a las declaraciones de los

fieles o de los mismos sacerdotes, cuanto a su actividad y a su contento y alegría vital, o a su angustia y a su insatisfacción existencial. No hay seguridad en los mismos, no saben por dónde caminan, y caminan siempre con el precipicio al ojo.

«*Suplente*» y «*comodín*»

¿Qué pasaba entonces? Era necesario buscar sin desmayo, conscientes de las oposiciones y de las imposiciones, del silencio que se pretende urgir cuando se trata de temas candentes. Si somos sinceros, la realidad grita más alto que lo hablado o escrito. En un mundo de seguridades, el sacerdote es el hombre más inseguro, no ya sólo en cuanto hombre, sino en cuanto sacerdote y quizá por serlo. Su aristocracia y su supremacía sobre los fieles cristianos se veía declinar de día en día, y el auge del laicado en la Iglesia parecía desplazar al sacerdote a un segundo plano, aunque el laico empeñado admita la necesidad de auténticos sacerdotes, líderes y dirigentes, animadores de la empresa evangelizadora y de la expansión viviente del mensaje cristiano.

Era preciso hallar algo inteligible. El fútbol hoy lo entienden todos y todos hablan de él. Y en el fútbol tenemos unas figuras, dignas de lástima aunque se contenten con la paga, sobre todo si están en clubs de dinero. La imagen nos la brindan los «suplentes», los «reservas», los «sustitutos», los «comodines» en el deporte. Están siempre a la espera de su ocasión, luchan por ocupar el primer puesto, pero **deben servir un poco para todos**, ya que si falla alguien en alguna ocasión ellos habrán de ocupar su puesto. No pueden sobresalir por lo mismo en ninguno. Sin embargo, pueden aspirar a quitar el puesto a otro, a pasar a ser figura. Y sus entrenamientos llevan esta perspectiva, además del aliciente económico, que cuanto mejor lo hagan, más cotización tendrán en la banca del fútbol o del deporte nacional. ¡Sin contar la fama publicitaria que suele ser un buen ingrediente para las personas en la actualidad! No obstante, la conciencia de estar siempre a disposición, sin servir de momento, pendiente de un entrenador y a su voluntad y sin puesto fijo, les fastidia. Puede llegar a cansarles o a aburrirles y solamente lo soportarán o permanecerán en un club sin jugar, cuando aun sin más trabajo que el entrenamiento les «caiga» el sueldo lo mismo. En realidad tienen que servir para todo y terminan por ser unos mediocres, unos tapagujeros, sin aspiraciones y materializados.

La imagen me brindaba muchas reflexiones. No era la primera vez que el deporte ofrecía estas perspectivas. San Pablo había apelado ya a él para hacer correr y entrenarse en vistas al reino, como otros lo hacían por una corona perecedera. La meditación iba de la realidad actual al problema que traía entre manos. Vi entonces al sacerdote como un suplente, como un reserva, como un comodín. Y lo era a todos los niveles, como sacerdote y como hombre, teológicamente y en la conciencia psico-sociológica de sí mismo y de los hombres. Ya no era cuestión de entretenerme simplemente en analizar la función de suplencia del mismo hombre, instrumento en manos de Dios, cachicán en el campo del mundo a las órdenes de Dios, aunque con tendencia a independizarse. Es verdad, y lo continúa siendo, que el hombre por ser creado pende de Alguien, pero no lo es menos que Dios le ha dejado su libertad para que él desarrolle esas potencialidades y ponga en marcha cuanto se le ha dado en embrión. El hombre podía por su cuenta y con su libertad realizarse, bajo la mirada de Dios, que actúa por cuanto había dado al hombre para que se perfeccionara. Era también un poco el suplente de Dios en el mundo, pero Dios no aparecía más que en la energía y en la marcha, en la actividad, no en la reserva, no en el banquillo. El hombre era figura en el mundo y obraba él, no representaba a nadie, aunque sea signo sensible. Pero *es*, no sólo *está* o *actúa*. *Es*. El sacerdote, en cambio, era un suplente y un comodín en el pleno sentido de las dos palabras. Y por sacerdote no podía ser hombre-figura que desarrolla su actividad y actuación en el mundo por el bien de los hombres, porque estaba marcado. Era libertad en cuanto hombre y coacción en cuanto sacerdote. Y esto destrozaba su existencia.

### *Una teología de «suplencias»*

Son muchos los elementos que han contribuido a crear en el sacerdote esa conciencia de suplente y de comodín. La mentalidad y la ideología termina por embarcar las personas en una práctica conforme a aquella y sin otros horizontes se estabiliza y se anormaliza. Al sacerdote le ha ocurrido algo parecido y ahora quiere huir a esa formación, desligarse de esa ideología y toma el camino opuesto: trata de buscar camino en la práctica para construir luego una ideología e interpretar su existencia a la luz del puesto que ha encontrado y que ha llegado a plenificar su existencia. Para ello antes tiene que desmontar.

El sacerdote, en general, ha crecido en una teología instrumental y no personal, en una espiritualidad deshumanizada y despersonalizante, aunque se le repetía que existe una personalidad superior y que no es persona eso que se dice ordinariamente, sino que uno es persona por su compromiso ante Dios. Por una parte cuando se hablaba de persona, se le estaba recordando un poco el tratado sobre la Trinidad y la persona de Cristo en la cristología. Categorías todas ellas que no entraban muy bien en su cabeza. Como además él crecía históricamente y sociológicamente en otro mundo distinto y en otras categorías diferentes en las que la persona tenía otras características, se veía frustrado en sus aspiraciones más profundas. La teología, empero, le ha marcado hondamente y le ha impreso un carácter muy especial, que por el mismo sentir es indeleble. Y desde luego carácter interno no sé hasta qué punto lo tendrá, pero externamente está sellado por un estilo, por un retraimiento, por una cierta falta de normalidad en la vida, que le coloca en un complejo difícil de superar. Esta teología le ha creado una conciencia de impersonalidad, de actuar siempre en segunda línea, de ser suplente y reserva. Además en su formación cuando ha preguntado por los elementos humanos que le constituían, se le cerraba el acceso y se pasaba al plano de lo espiritual, de lo sobrenatural y con ello se le ocluía en una ilusión que algún día vendría a tierra y le haría sufrir amargamente.

Pero ¿qué le enseñaba la teología para crearle esa conciencia de suplente y de reserva? Y ¿cómo se lo enseñaba? El sacramento del orden para él adquiría una cierta importancia y era un poco resumen de todo lo demás. La sacramentaria le despersonalizaba y aún la concepción más actualizada de los sacramentos, por mucho personalismo que quiera imprimírseles, no se ve fuera del círculo de lo automático y de la instrumentalidad. El sacerdote es un «vicario», es uno «que hace las veces», es un «ministro de otro», está a su servicio y al servicio del «pueblo de Dios», es un «subalterno», es «instrumento», es un «deputado», es un «delegado». En una palabra lo recibe todo, y en tanto puede algo, en cuanto se lo dan. Quizá en términos más modernos se haya hablado de él diciendo que es el «doble de Cristo», que es «otro Cristo», al parecer recogiendo la tradición, es el líder del pueblo cristiano, el convocador de la asamblea, el animador de la comunidad cristiana, el brazo del obispo en la pastoral directa. En fin, todo ello son ampliaciones de la misma teología de fondo. La realidad es única: sigue siendo un vicario, es un suplente, uno que hace las veces

tanto de la Iglesia como más especialmente del obispo de quien recibe la jurisdicción, de suerte que para algunos sacramentos, por ejemplo la confirmación y la penitencia, no podía ejercitarlos sin que se le concediera la jurisdicción, a pesar de las discusiones en torno a lo ya concedido desde la ordenación. No era completo. Tenía que venirle luego a través del obispo. Sabemos además que su vida personal y su valor en lo sacramental no cuenta, o a lo sumo para la licitud del sacramento, no para su validez. El sacramento, su actuación y su fruto, no depende de él, sino del mismo sacramento que produce su acción independientemente del ministro que lo administra, aunque dependa de él el que se haga mejor o peor, pero no lo dado u ofrecido o producido. No importaba la insistencia en la licitud, sino precisamente en la validez. Se trataba de salvar el sacramento, no el ministro, porque se pensaba en un subjetivismo y sobre todo se temía la debilidad humana y la deficiencia, se desconfiaba de la persona, de suerte que temiéndola y siendo conscientes de la miseria humana, era preferible en la doctrina y en la práctica que el sacramento produjera la gracia independientemente del sujeto que lo administra o del que lo recibe, con tal de que éste no pusiera óbice, que es decir lo mismo que con tal que éste estuviera ya en gracia.

Toda la teología estaba montada de este modo y el sacerdote se ha educado en ella. Se le ha formado para tratar con cosas, con instrumentos, con objetos, cuya causa principal es Dios y él es un instrumento más. Y entonces lo que resultaría es que trataría también a las personas como objetos. No se le había enseñado otra cosa en su teología. El no se ha integrado a la teología, no se había empeñado en una acción personal, refleja, porque no era necesaria. Aprendía cosas, fórmulas estereotipadas, las decía sin pensar en más, puesto que es Dios quien ha de producir el fruto y El quien trabajará en las almas, se le enseñaba. A él solamente le toca regar o podar algo, lo demás dependería de Dios. Como, por otra parte, a El le manaban también las subsistencias de parte de Dios por medio de los fieles, no tenía problemas vitales, urgentes y angustiosos. Estaba y se comprendía también otro hecho: si eran cosas lo que expendía, podría cobrarlas, y éstas le darían para vivir. Vender sacramentos o la palabra de Dios era una acción muy rentable pero muy lógica dado el pensamiento que regía todo el andamiaje. El hacía las veces, permitía que Alguien produjera desde la intimidad el fruto y cobraba las ganancias al exterior. Y hemos llegado justamente a esto. Sí, era un trabajo

que exigía remuneración, pero no en vano la sabiduría popular selló el dicho: «el cura y el zorro si pierden la mañana, lo pierden todo», o aquello de que «el cura trabaja media hora por la mañana y con vino».

¿Qué podía hacer él? Vivía de cuanto le habían enseñado los maestros, que dejaban los corolarios de una vida espiritual, de la colaboración con su vida recta para unas conclusiones de sus tesis, pero sin importancia porque lo esencial estaba salvado, la objetividad de la materia y de la forma y la pronunciación perfecta de ésta con el fin de que ni una sola palabra se perdiera, pues eran esenciales. Un poco la magia de la palabra muy antigua en el paganismo y en el gnosticismo inicial. El sacerdote entonces actúa en nombre de otro: no es él quien se encarna en los sacramentos y en su ministerio, y esto mismo le crea un sentido de desprendimiento y de no compromiso. Estaba lanzado por esta vía a la irresponsabilidad, a aquello que ordinariamente sucede cuando alguien actúa en nombre de otro. Cuando éste otro es visible y puede decir que está mal hecho, o puede privar del beneficio de esa comisión, quizá las personas ponen más cuidado en el trabajo y se empeñan de otro modo, no por propia iniciativa, sino por miedo. En cambio, cuando se actúa en nombre de otro y éste no pide cuentas de la propia administración o las pide a la conciencia pero se puede vivir externamente de ellas, la responsabilidad decrece y termina por aprovecharse del nombre para la propia subsistencia. ¿No habrá sucedido algo de ello? ¿Por qué tanta irresponsabilidad, por qué ese desdoblamiento de actitudes y de vida y predicación, por qué esa falta de compromiso por el bien de los hombres y en servicio de los mismos? Si realmente es Cristo quien libera, si es Él quien responde, si la palabra y su eficacia depende del Espíritu, si es el sacramento quien produce la gracia sin contar con su ministro, ¿qué importa que se haga de un modo o de otro? ¿Qué importa que el ejemplo o la vida pueda desmentir la predicación, si el efecto no depende de ello, sino de la eficacia interna de la palabra de Dios que penetra hasta las entretelas y divide el corazón y lo abre a la esperanza? Puede ser una ayuda, pero solamente como instrumental, como algo externo, como sociológico y psicológico, pero no como ontológico. según hablan los teólogos. Y como es esta eficacia radical la que interesaba a la teología, el sacerdote se ha tomado la parte más cómoda y se ha adaptado a la teología. Que no le digan que la culpa es suya, que no vengan con cuentos ahora, que no le pidan persona-

lidad, que no le hablen de desdoblamientos y de hipocresías. Tenía que serlo por deber con la teología que le habían enseñado.

Ahora cuando ha llegado a comprender el porqué de su nulidad y de su actuación, cuando su vida se ha visto surcada por la duda y por la angustia, cuando considera que su apostolado es ineficaz y que los hombres se burlan de su existencia y de su anormalidad, descubre que la teología le envejeció antes de tiempo, le dejó infantil y no necesita más que la segunda infancia que es la vejez. Se revela a sí mismo como un suplente, como un reserva, como un comisionado, como un delegado y se le continúa hablando de potestad delegada. No es nadie. He aquí el gran descubrimiento y la gran tragedia de su vida. Y no es nadie por haber dado oídos a la teología, por querer ser lógico con ella, por seguir sobre todo lo esencial de la misma, aquello que era necesario para la validez, aunque ha tratado también de salvar su conciencia en cuanto a la licitud. Pero como nunca ha actuado en nombre propio, bajo su responsabilidad, como quien puede hacer por su cuenta, sin tener que rendir cuentas de su apostolado y de su sacerdocio, ahora se encuentra con que no es capaz de actuar, de decidir, de elegir. Porque además su actuación no era juzgada por Dios en el fuero de su conciencia, sino que estaba sometida siempre también a la jerarquía, quien le tomaba cuentas de sus «cuentas», no tanto de sus dificultades y de su apostolado. Era vigilado desde fuera y no podía dar salida a su iniciativa ni dejar aflorar la voz del Espíritu que podía hablar también por él en sus fieles y en su parroquia. Era la consecuencia de una teología que llegó a despersonalizarlo.

Así, con esta teología que se le imbuía por todos sus poros, era fácil manejarlo. La obediencia, la sumisión brotaba de esa misma mentalidad y Dios dispensaba sus órdenes por boca de aquellos en cuyo nombre actuaba el sacerdote. Y las tragedias se iban multiplicando. Lo grave llegaría cuando el sacerdote, liberándose de esa mentalidad, iniciara el examen profundo de esa teología y topara con las consecuencias que le imponían la rebelión y la revolución en la teología del sacerdocio. Hay algo que no iba en ella. Con esa teología y con la mentalidad que ha creado, el sacerdote no puede vivir hoy. Y la crisis sacerdotal hay que buscarla aquí. La teología del sacerdocio está en mantillas, no ha reparado en lo creacional y en lo humano, y su primer principio debiera ser éste: la ordenación no puede ir en contra de la creación que progresa también como obra de Dios.



*Vicario, pero ¿de quién?*

Es un suplente, o si preferimos, un vicario, pero ¿de quién? También se lo ha enseñado la teología. En orden descendente diríamos que es un suplente o un vicario de Cristo, un suplente de la Iglesia, un suplente del obispo o de la jerarquía y es un suplente también de los hombres ante Dios. Las primeras suplencias ya las hemos visto, aunque podríamos añadir esas suplencias de la oración pública de la Iglesia por medio de su rezo del Breviario y otras obligaciones particulares que se le imponían por hacer las veces de la Iglesia. Nos interesa la última suplencia que aumenta su tragedia: es también un suplente de los hombres ante Dios y frente a Dios. Se ha abusado en una espiritualidad barata de aquel «ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in his quae sunt ad Deum». A él le han cargado los hombres de un doble: le han hecho el macho cabrío que carga con sus pecados y los presenta ante Dios para que los perdone, y a su vez parecen declinar su responsabilidad sobre el sacerdote y quedan tranquilos. ¡Como si la humanidad hubiera sentido la necesidad de ponerse en paz con Dios y para ello eligiera unos hombres que puedan realizar esa función de oración, de aplacamiento y de adoración y propiciación, y ellos pudieran quedar libres, porque el tiempo no les da para más! El sacerdote aceptando ese hecho, y teniendo que vivir por otra parte, pediría por lo mismo lo necesario para su subsistencia y para su comodidad. Dejaría a los hombres libres y éstos en un transfert muy típico y muy bien analizado en nuestro tiempo se crearían a la conciencia de su irresponsabilidad ante Dios, porque alguien reza por ellos, ya que para esto está la sociedad humana. «Tengo un tío canónigo y eso me basta», decía aquel borracho. ¡Quizá ésta sea un poco la borrachera de la humanidad o la borrachera en que la humanidad se ha embarcado y hay personas que están al juego, extrayendo de ello el máximo fruto!

Esto que parecía nada más una realidad práctica y que puede apreciarse con facilidad, venía regido también por una teología: el sacerdote representa también a los hombres ante Dios, actúa en nombre de ellos, recoge las peticiones de los hombres y las presenta ante el Altísimo para aplacarlo, es el «puente» entre Dios y los hombres, y el puente debe mantener su posición. El ofrece el sacrificio por los demás y aplaca a Dios por ellos. Pero ¿por qué ha de hacerse responsable de los demás? ¿Por qué ha de ser él quien interceda por los

demás? Si uno sólo es el abogado ante el Padre, ¿por qué ha de ser uno de la comunidad cristiana quien presente las necesidades de todos y no pueden ser todos quienes ante el Padre se postren en demanda de perdón o en petición de ayuda o de iluminación? ¿No induce esto a una irresponsabilidad colectiva? Mas, a su vez, ¿no llega a hacer tan pesada la carga del sacerdote que termina por hundirle bajo su peso hasta tratar de arrojarla? Sin embargo, la teología y la espiritualidad le han creado esta conciencia. El es vicario de Cristo, es su doble y tiene que representar su papel, el papel que Cristo actuó en la tierra y que prosigue él con su ministerio. Hay algo más profundo que analizar aquí en el sacerdocio común de los fieles y en la especificidad del sacerdocio ministerial. Es fácil la irresponsabilidad colectiva cuando hay alguien a quien se le comisiona para una función tan personal como es el aplacamiento por el propio pecado o por el pecado común. Es quizá traslado de un mundo pagano a un mundo cristiano. Y es preciso dejar bien en claro la diferencia existente entre ambos.

El sacerdote suple también a los hombres en su conciencia y de hecho podemos verlo en la actualidad. ¡Cuánto cuesta a los cristianos la participación en la oración y en el sacrificio común de la Iglesia! Se les había creado a la conciencia de que ellos son espectadores de algo que efectúa alguien en nombre de ellos, quedando en ellos solamente la obligación de colaborar en contante y con su presencia, cuando son los más íntimos aquellos por quienes se intercede ante el Señor. Y sobre el sacerdote recaen los fallos y los pecados de los hombres, sus angustias, sus dolores y su penas. Es él quien tiene que escuchar, quien ha de consolar, quien ha de tener firme y seguro el corazón para no permitirle el colapso antes de que la tragedia se cierna y divierta sobre los mortales. Pero ¡ay! ¡cuán pocas veces se vuelcan sobre él las alegrías de los hombres! Parece como si su existencia no tuviera más lugar seguro que la cruz, y como si los hombres pudieran gozar tranquilamente mientras haya alguien que lleve sobre sí los pecados de la humanidad entera. Los hombres necesitan esto: declinar su responsabilidad, hacer que alguien pida perdón por ellos, que rece y ore por su bienestar. Les basta con pagar, si es necesario. Y la historia tiene mucho que enseñarnos a este respecto.

Así se comprende otro hecho. Por suplir a los hombres y suplirlos en todos los sentidos, éstos exigen del sacerdote cuanto ellos no

hacen y piensan que debieran hacer y no le permiten cuanto se permiten a sí mismos. He aquí una nueva tragedia: el sacerdote se convirtió un poco en la conciencia de la humanidad y la humanidad marchaba por su camino desbocada porque se había creado un alibi, una teoría que aparentemente la dejaba tranquila. Los hombres querían verse en el espejo del sacerdote y como él les representaba, no tenían ya problema en sus desvaríos. Hay alguien que se sacrifica, que ora e intercede. Esto aplacaba su conciencia y les permitía un goce asegurado. A este fin el sacerdote predicaba su propia vida y pretendía imponerla a los demás, porque era el ideal de los hombres y éstos así lo habían creído. Pero como ese ideal «idealizado» sólo servía para él, su cantinela nadie la escuchaba y a lo sumo revertía nuevamente la pelota sobre él.

La culpa la tenían una teología y una pastoral que habían creado tanto en el sacerdote como en el pueblo una mentalidad. Y los resultados estaban ya claros. Se podría uno oponer a las consecuencias, pero no daría resultado la oposición práctica, porque estaba sentada la teoría. Era necesario destruir la teoría, la mentalidad, desmontarla, para comenzar una nueva construcción. Y mientras esto no suceda el sacerdocio hurgará en la conciencia de los sacerdotes y en la de los fieles, y el malestar se continuará y la insatisfacción y el descontento. Y los hombres les pedirán que hagan todo cuanto ellos no hacen y se opondrán a una cierta libertad en sus relaciones y le querrán célibe, en un transfert inconsciente, y le desearán pobre, y le pedirán que trabaje, y que no pida, y que viva del aire, y que para asemejarse a Dios tiene que espiritualizarse y estar sobre ellos. Son, sin duda, los mismos hombres quienes le han creado esa conciencia de superioridad, que ahora en la práctica ve que era una ilusión y que le hace daño, porque los hombres son muy superiores a él, en riqueza humana y cultural, en experiencia y en vivencia. Y se siente deprimido. Quizá todo esto ha conducido al estado en que el sacerdocio se halla en la actualidad. Hoy son conscientes de estos hechos cuantos pretenden emprender ese camino y al no poder resistir esta mentalidad, esta coacción personal y social huyen y prefieren una libertad superior, donde pueden ser responsables de sí mismos y de la propia familia y buscar su camino y su originalidad, ser ellos mismos. La crisis de identificación, de que tanto se habla hoy, exige primero saber cuál es el original del sacerdote para poder buscar la identificación. No puede iden-

tificarse a la imagen y al concepto que se le había creado. Y ésta es su tragedia. Es suplente por imposición y no quiere serlo: ésa es su angustia. ¿Debe serlo? He ahí un nuevo interrogante.

*Y suplente cabe los hombres*

Desde un punto de vista teológico y espiritual era así para la mentalidad propia y la de los cristianos: suplente de los hombres ante Dios y frente a El, y suplente de Dios cabe los hombres. Esto le comprometía y le exigía, pero le deprimía. Sin embargo, hay otra angustia mayor en su sensibilidad actual, que ha llegado a captar perfectamente en su apostolado y en sus relaciones. Se le ha pedido siempre entrega, servicio, disponibilidad, amor. Pero se le había creado en el amor a las almas, a los espíritus. Tenía que salvar almas, aunque se enamoraran de su cuerpo y de su persona. Pero ha comprendido que también en esto es un suplente en lo humano, es un suplente en el amor, y esto frente a sí mismo y en la conciencia de los demás. Repara en que no puede amar en profundidad, en que su amor es siempre superficial, en que le está prohibido amar. Sí, aunque se diga lo contrario, le está prohibido amar, porque un amor no personal, un amor meramente espiritual, un amor de almas, no puede llenar a las personas, ni puede ser nunca amor completo. Como todo lo demás le está prohibido, ama las almas, tiende a salvarlas y sufre en su persona el desplazamiento. A lo sumo puede ser un suplente, que recibe la mirada, a veces el enamoramiento silencioso, porque nunca puede decirsele que se han enamorado de él y él no puede tampoco comunicar que su amor le ha clavado la flecha. Al sacerdote le está prohibido amar, dígame lo que se quiera. Y el amor o es completo o no es amor. He aquí lo que trastorna su propia existencia, lo que le hace anormal, lo que le desplaza de la humanidad, lo que no le permite la santificación personal ni el perfeccionamiento, porque la perfección es la caridad y la caridad no puede sentirse en su hondura sin la experiencia total del amor personal. El sacerdote, dada la mentalidad teológica y jurídica y moral y hasta espiritual, no puede más que jugar al amor. Y se ve en un agudo dilema: o no amar a nadie, convirtiéndose en huracán, en triste, en melancólico, en despreocupado, en apestando de la sociedad dejando que su amor circule por otros cauces, entregado al dinero, al vino o al juego, a la caza o a otros menesteres, o amar liberándose de constricciones personales y sociales, siempre con miedo a ser sorprendido y en consecuencia a no vivir con intensidad la experiencia de un amor.

Ahora bien, si el amor hace al ser y es él quien puede plenificarlo o vaciarlo, estándole prohibido al sacerdote, su ser no es nunca, es a medias. Quiérase o no, ésta es la verdad de la existencia de cada día. Exige un remedio, exige una revisión, impone una nueva mentalidad y una nueva mentalización a los demás. Una vez más las encuestas cantan.

A las diferentes personas que se le confían no puede confiarse. ¿Por qué? Porque la confianza que se le ofrece es sólo como suplencia, ya que se le confían cuando desconfían de ellas o cuando la confianza en ellas ha menguado. Pero además como en la confianza va entrañada también una cierta manifestación física de la misma, unas muestras normales de confianza, no puede llegar nunca a comprender y a confiarse en plenitud a las personas. Todos le miran con sospecha o con reverencia o con admiración, que en el fondo son todas actitudes hirientes para una sensibilidad aguda. De hecho el sacerdote tras una amistad, tras una confianza, busca la confidencia con un compañero de dolor y de alegría, con otro que pueda comprender su tragedia. Teme la confianza porque ésta puede llevar a un amor profundo. Y sabe que éste le está prohibido. Su función en la mayoría de las ocasiones, si la analizamos fríamente, es de reserva, de suplencia, de comodín: suple al marido o a la esposa cuando el dolor, el sufrimiento o la desconfianza ha entrado en una casa y necesita consuelo, suple al novio o a la novia cuando las relaciones se han puesto tensas, suple al esposo ido con la viudas. Es siempre un hombre a medias. Necesario en la humanidad sin duda, pero puede convertirse en D. Juan o en Celestina. ¿Es misión para él? Siempre en suplencia, nunca en profundidad, nunca siendo él mismo. ¿Puede huir a todo esto? Es posible que alguien lo consiga. Y entonces ¿qué? Una amistad profunda puede ayudarle a vivir con alegría, con entusiasmo, entregado a su trabajo, comprendido y comprendiendo y siendo capaz a través de la mutua comprensión de comprender con cierta perfección a los demás. Una vida aparentemente desdoblada, pero necesaria, real, capaz de equilibrar las existencias y de llevar adelante el carrito de la propia situación y de la propia misión en la tierra no es fácil conseguirla. En personal puede llegar a esta liberación, pero aún le queda el bache del compromiso social, de los díceres, dimes y diretes y de las lenguas incomprensivas que exigen a los demás cuanto ellos no se atreven a cumplir. Tal vez pudiera ser ésta una solución, pero no puede ser completa.

Llega sin embargo otro momento más duro y más trágico todavía: el momento de la desconfianza. El sacerdote que ha sido vertedero de toda la miseria humana necesita también una confianza, una confidencia, una profunda amistad que le aliente y que le limpie también a él de vez en cuando para mantener la alegría vital, totalitaria, existencial, alegría de cuerpo y espíritu, con el fin de que su desahogo suelte la corriente de su vida nerviosa y ésta no se manifieste en las clásicas manías clericales. Esta conciencia de suplente en las relaciones humanas le hiere más gravemente sin duda que la exigida por la teología, si bien también ésta lo es por aquella.

Esto es grave. La conciencia, a veces inconsciente, de suplente le despersonaliza y le resta fuerzas para la actuación. No puede empeñarse plenamente ni comprometerse en ninguna de sus relaciones, sean éstas de tipo funcional, sean de tipo personal o social, sean de tipo laboral, pues no se halla preparado. Y no sirven los consejos ni las buenas palabras, no le basta con que se le hable de una ascética especial, de un retraimiento, de una vigilancia, de un cuidado y de una guarda de sus sentidos y de su cuerpo, o de una integración, o de un estar en el mundo sin ser de él. No puede contentarse con que se le prediquen sus relaciones para con Dios y una vida intensamente espiritual, que le ha de salvar de sus posibles peligros. Que le conviene que tenga dominio sobre sí mismo, reflexión constante sobre las acciones que esté desempeñando y fuerza de voluntad para mantenerse en su puesto, porque en definitiva no sabe en claro cuál es su puesto. Con todos estos consejos el único efecto verdadero es su no compromiso, porque el hombre manifiesta su agradecimiento de alguna manera y quiere que no haya reticencias por parte de quien se entrega al servicio de los demás. El hecho de un cierto agradecimiento, de una gratitud, comporta casi siempre un cierto enamoramiento. La vida humana es así y no valen evasivas. No es cuestión de darle consejos a él, necesita una vida normal, como cualquiera otro a quien no se le prohíbe todo eso y sabe dónde está y hasta dónde puede llevar su servicio y su disponibilidad y su amor. Los consejos, la prevención contra los peligros, solamente le crean una conciencia más difícil de mantener en su existencia. Tal vez aquí haya que buscar su propia despersonalización y su constante vigilancia frente a todo y frente a todos. Solamente se le han puesto de relieve los lados negativos de las personas y de las cosas, y lo positivo ha brillado por su ausencia y ha tenido

que irlo descubriendo él mismo con riesgo de error, pero arrostra con el riesgo por llegar a la posesión de ese optimismo que solamente puede dar aliento a su vida. No es extraño, pues, que en la sociedad y en la comunidad cristiana al cura se le haya considerado casi siempre como un «bicho raro» o como el «coco» o como un estorbo más. Y a su vez el que él se haya creído con el don de la infabilidad y que predique siempre «urbi et orbi», a todos y a ninguno, como traducía Ortega y Gasset. Los demás tenían que oírle, porque hablaba en nombre de Dios, aunque dijera absurdos, a los que nadie podía responder.

La queja de falta de personalidad tiene una explicación: no llega a ser persona porque ni la teología ni la psicología personal y social se lo han permitido, más aún, han sido obstáculo para su desarrollo integral. Las consideraciones místicas aquí sirven poco y los distinguos entre los diferentes conceptos de persona no conducen a nada concreto. Que se diga que es más persona quien sabe dominar sus instintos, quien domina lo humano y es dueño de su existencia y de todas sus pasiones y de su inteligencia y de su corazón y de su sensibilidad, y que se haga consistir en ese dominio toda la santidad, supone aquello que decía Agustín hablando contra los estoicos, estoicismo muy entrado en la conciencia cristiana: «No por ser duro se es recto, ni por ser insensible se está sano». Temperamentos sensibles y pasionales, como Pablo o Agustín de Hipona, han dado un impulso al cristianismo y fueron capaces de virarlo, con razón o sin ella, con mejor o peor suerte, por los caminos que ellos trazaron con su vida y con sus escritos y predicación. Son los animadores y los líderes máxime cuando vienen iluminados por su inteligencia y saben combinar en armonía superior todos los elementos de la persona, sin destruir ninguno, sino más bien dándoles altura y vigor. Su humanidad ha enriquecido su espiritualidad y ha sido el sacramento de la aceptación de cuanto han predicado de superior y de elevado. Nadie les hubiera creído ni los hubiera tomado en consideración si hubieran comenzado por llevar una existencia ajena a todo lo humano.

Estas consideraciones, vitales —quien piense en contrario, le pedimos sinceridad con Dios, consigo mismo y con los demás y no revolverse contra quien se lo ponga ante los ojos— invitan a otra reflexión mayor; solamente cambiando la teología del sacerdocio se podría cambiar la psicología del sacerdote y la de los hombres y las mujeres frente a él. Solamente diríamos que también el sacerdote quiere

ser libre en su elección y no quiere coacciones de tipo intelectual o moral, quiere huir a la psicosis que con frecuencia le crean y a los problemas que la sociedad le adosa como si sólo él debiera cumplir con el compromiso que la sociedad tiene contraído con Dios. No echemos la culpa a la actualidad o a la desorientación de nuestro tiempo. Ha crecido en esta conciencia y muchos añoran haber nacido tan pronto como otros se irritan contra la encerrona o la coartada a que les han sometido. Quieren tomar en serio el sacerdocio, pero buscan ansiosamente otra manera distinta de concebirlo para poder vivirlo con mayor libertad, con mayor profundidad, con mayor adhesión a lo divino que se manifiesta y se desarrolla a través de lo humano. Una nueva teología del sacerdocio o mejor del sacerdote, ya que aquel es pura objetividad intelectual, aparece como una necesidad. Y mientras ésta no exista y las personas se creen en ese nuevo ambiente, la angustia y la tragedia del sacerdote se continuará y buscará salidas, airoas unas y atrevidas otras, pero sin fundamentación ideológica, aunque sí vital, creando desde el hecho consumado el trampolín para el pensamiento.

Al concluir la lectura de estas páginas, se habrá interrogado el lector: ¿Y cuál sería esa teología? ¿Cuáles serían sus líneas? ¿Por qué en lugar de ofrecer estos hechos que todos vivimos, no nos ha ofrecido una nueva orientación teológica y espiritual y humana en la que podamos vivir y madurar? Pretendía una toma de conciencia, la creación de la necesidad de una nueva teología del sacerdote y, por tanto, el ambiente para la búsqueda y la aceptación de otros modos. Son muchos los hilos que es preciso hilvanar. Este es un primer acercamiento al tema y esperamos la posibilidad de hacerlo con el fin de infundir la alegría al sacerdote para que se sienta satisfecho de su misión realizada en la libertad y en el amor..

JOSÉ MORÁN